

Biblioteca-Films

RONDA DE NOCHE

N.º 122

50

cénts.



**RAQUEL
MELLER**

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:

Calabria, 91



Teléfono 173-M

BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA PREVIA CENSURA

RONDA DE NOCHE

Intrigante novela amorosa en la que triunfa
la voz de la sangre!

Exclusiva para Cataluña, Aragón y Baleares:

LEMIC, Sociedad Anónima

Mallorca, núm. 236 - BARCELONA

PERSONAJES

INTERPRETES

Janina	Raquel Meller
Princesa de Lozle	Maria Blanchetti
Jo	Leon Barry
Príncipe de Lozle	Eugenio Gorodoff

ARGUMENTO DE ESTA PELÍCULA

Registrada. Queda hecho
depósito que marca la ley

En Siebenbürgen, nombre alemán de Transilvania, palabra esta que significa «más allá de las selvas o montes», porque, con relación a Hungría, se encuentra al otro lado de los montes que cubren la cordillera de los Cárpatos todo el territorio situado al Este del Theiss, existía el castillo de Csákaia, espléndida posesión que se consideraba como uno de los donjones de mayor antigüedad en la llamada reino de Hungría.

Sobre el fondo azul de su cielo, las torres antiguas destacaban con relieve poderoso y altiva y aristocrática esbeltez. Como damas elegantes de la Corte, parecía que intentaban en su altura retadora, detener a las nubes en suizada admiración.

Entre los muros seculares de esta sinuosa ciudad, destizaban su vida, plácidamente, los príncipes de Lorle, infatigables organizadores de fiestas deslumbradoras, a las que, como es suponer, asistían las familias más notables de la comarca.

Exentos de toda preocupación sentimental,

cuales seres que nacieran únicamente para rendir al placer su más fervoroso culto, toda oportunidad era aprovechada a tal fin.

En la fecha que esta historia da principio y con ocasión de la estancia en el país de la Duquesa de Windischgrätz, prima de los príncipes de Lozle, procedíase por éstos a la cuidadosa organización de un baile que, por sus atractivos poderosos, prometía no desmentarse y aun eclipsar a cuantos le precedieron.

Llegado que fué el día elegido para celebración de dicha fiesta, los invitados, sin excepción alguna, acudieron, luciendo sus mejores galas y con la grata complacencia que proporciona siempre la seguridad de no rato de ex-pansión y de alegría.

En tanto los salones del castillo aumentaban su esplendor con el lujo de la concurrencia que los iba invadiendo, la princesa comunicaba sus satisfacciones de joven madre a su prima, la duquesa, dama a quien hacía tiempo no veía, por haberse aposentado en París desde que falleció su esposo.

Y hablaron así:

—¿De modo que fuiste madre?

—¡Al fin!

—¡Qué suerte! ¿Estaréis locos con vuestro hijo?

—Con nuestra hija, dirás.

—Cierto. Me olvidé de que era hembra.

—Con ella estamos locuquimos mi esposo y yo.

—Lo creo.

—Es natural. ¿Qué padres no enloquecen a la vista de su primer retoño?

En este caso hay motivo. ¡Si vieras qué bonita a suya!... ¡Y qué boquita!... ¡Y qué ojos!... ¡Y qué narices!



El príncipe de Lozle.

—No me extraña. Todas las madres aliecen igual.

—Ah! ¿Crees que es pasión de madre? Te juro que no. Mi hija es de lo más bonito que puedes imaginarte.

- ¡Igual! ¡Igual que todas!
 —Desconfías y quisiera convencerte.
 —¿Cómo?
 —Viéndola. Ven conmigo.
 —¿A dónde me llevas?
 —A su alcobita. Debe estar durmiendo.
 —Vamos. ¿Se llama...?
 —Esteranita.
 —Bonito también el nombre!
 —Mi hija no puede tener feo nada.

Sonrió la duquesa, comprensiva, y, silenciosa, dirigiéndose rápidamente hacia la estancia en que, majestuosa, destacábase, como un trono, la cuna de la heredera, que con sus inocentes gracias infantiles, constituía el encanto de aquel venturoso hogar.

Al aproximarse, de puntillas, para no despertarla, la princesa ahogó en su garganta un grito de dolorido terror.

La niña no estaba allí.

—¡La cuna vacía y la nodriza ausente!...
 ¡Es extraño!—murmuró, mientras una duda cruel le destruía el alma.

Interrogaron con ansiedad a un servidor. Este dijo que las había visto salir con rumbo al campo, a la hora de su acostumbrado paseo.

Otro aseguró haberlas saludado, ya en el campo.

Y cada nueva interrogación confirmaba los tristes presentimientos de una desventura inmediata e irremediable.

En vano agotaron cuantos medios de información poseían.

El resultado era siempre negativo.

Al fin, perdida toda esperanza, el mayordomo

del castillo, barón de Tobel, llevó a los invitados la noticia infausta.

Y la reunión fué, consecuentemente, suspendida.

Vencida por el dolor, la princesa cayó gravemente enferma.

—¡Mi hija! ¡Mi hija!—dehraba de continuo.

Un mes más tarde, agotada por la pena de separación tan cruel y dolorosa, aquel corazón maternal, herido en su más íntimo sentimiento, y sin alas ya para volar por el mundo de las ilusiones, cesó de latir, rindiéndole a la tierra el postrer tributo de su humana arcilla.

Tras la muerte de la princesa, el príncipe, impotente para resistir la doble tortura de sus inmensas desdichas, concluyó por perder la razón, y una vejez triste y prematura se fué, poco a poco, apoderando de su espíritu joven.

Tres años transcurrieron. Durante ellos, el celo y la constancia del barón de Tobel, en compañía del alto servidor, Wolfran, desplegaron en la práctica de pesquisas incessantes, enramadas al hallazgo de la niña desaparecida.

Convencidos de que esto resultaba imposible y sospechando que insistir en tal propósito era hacer el tonto, abandonaron la pista, desalentados.

Dominados los dos por el profundo cariño

que el príncipe de Loze profesaban, entregáronse a la más empenada meditación de cuantos recursos imaginables se pudieran utilizar para aliviar el consuelo del príncipe.

Una idea luminosa les condujo al logro de sus aspiraciones.

—Sí... ¡Es lo mejor! —exclamaron—. Hay que salvar la vida del príncipe a toda costa.

Y así, cierta tarde, polvorientos y calurosos, llegaron al castillo de Cadvala, en unión de una pequeña criatura, de tez morena, ojos negriscos y gráficas de azabache.

Esta niña, hallada, extraviada, en un sendero, durante una de sus caminatas, por Wolfram y el de Tobel, con promesas halagadoras de dádivas espléndidas, atraída fué por ellos al castillo.

Un día, cuando el príncipe, abstraído y abrumado por su preocupación constante, paseaba lentamente por sus habitaciones, apareció, evocadora, ante sus ojos, la pobre niña, que, con miedo, avanzó hasta llegar a su orilla.

—¡Estefanía!... ¡Estefanía! ¡Hija de mi corazón! —clamó el príncipe, estrechándola entre sus brazos.

Y receloso ante la conquista inesperada del bien perdido, añadió:

—¡Mi Estefanía!... Ya no me la quitarán. ¡Todos, todos vigilemos por ella!

Como Tobel y Wolfram habían previsto, la reaparición de la niña produjo su efecto en la salud del príncipe, cuya locura quedó, desde tal instante, muy atenuada, sin que llegara a desaparecer del todo.

Y ante el temor de perderla nuevamente, to-

das las noches, las sombras espectrales del noble y sus servidores, se proyectaban, misteriosamente, sobre los muros de piedra de los largos pasadizos, al efectuar, en ronda muda y severa, la requisa que parecía alejar del alma del príncipe, otros fantasmas mucho más tenebrosos.

H

Sobre el castillo de Cadúta y sus enclaustrados moradores han pasado veinte años.

Todo, sin embargo, parecía igual.

Como antaño, las tres sombras seguras recorriendo por las noches, los tenebrosos pasadizos.

Pero la niña que, día tras día, veló la ronda con celo de iluminados, era ya mujer.

Las lindas y fragantes azucenas de su rostro, arreboladas al sentir la caricia cálida del padre Sol, en rosas parecían convertirse, durante la mañana abrilceña del día en que se reanuda este relato.

Ya la luz matutinal invadía por completo la estancia, cuando Estefanía, felineamente arrebolada entre las sábanas de quel lecho, coquetamente severo, dentro de la austeridad que imperaba en el recinto, aún no había abierto los ojos.

Los pasos intempestivos de la ronda que, en su nocturna misión vigilante, daba la última vuelta al edificio, despertáronla, sobresaltada.

Pronto, no obstante, se tranquilizó, al ver

como se abría la puerta para dejar entrever, muy discretamente, la figura venerable del príncipe de Lexie, que, amoroso, pasábale la noche velando por la tranquilidad del sueño



El alto servidor Wolfson

de ella y del espíritu propio, abatido y perturbado por la amenaza constante de temores sin fundamento.

—Si Estefanía volviera a faltarme—amenaza—

ba de continuo—, ¿para qué quería yo la vida?

Wolfran y Tobel, ejenes, aparentemente, a tales preocupaciones, adivinaban sus pensamientos y compartían, riadosos, el martirio cruel de la horrible duda.

Al ver a Estefanía en reposo tranquilizador, el corazón del príncipe de Loche se cisonchaba en un suspiro de ineludible satisfacción.

Estefanía, contrariada por este despertar que venía a interrumpir sus ensueños de dichas fugaces y después de pasarse las manos repetidas veces por la cabellera, con efumitadora fricción, agátróse a las sábanas y, dando media vuelta, violentamente, volvió a quedarse dormida.

¿Remudaría el hilo dorado de su interrumpido sueño?

Seguramente sí; puesto que en su imaginación sólo impendía, obsesivamente, una idea: la idea de libertad.

Aquella prisión, de fastuosas comodidades, pero prisión, al fin, ponía en su ánimo tribulaciones justificadas, al ver la rosa de su espléndida juventud, mustiarse melancólicamente, entre la esterilidad de aquellos muros infranqueables que la separaban de la vida y del mundo; de ese mundo en que ella recordaba, de un modo impuro y vago, haber saboreado las delicias de una remota libertad.

El recuerdo imborrable de su infancia, evocaba en su retina la visión de otros países más alegres y más hermosos, a su juicio; quizá porque en ellos había disfrutado, sin trabas, del aire y del sol, que llegaron a atezar su rostro.

La holgura con que se cubrían todas sus necesidades y la prontitud con que se colmaban todos sus caprichos, amortiguaba, de continuo, esta inquietud, obligándola a sobrellevar con resignada conformidad, su dorado cautiverio.

Los pasos de la ronda que el príncipe capitaneaba, dejaron de sonar en el castillo, para sentirse, poco después, por los fosos, poblados de trampas y repes para hacerle más inextinguible.

Para que el príncipe se cerciorara de su perfecto funcionamiento, el barón de Tobel metió en uno la punta de su grueso grute, que, inmediatamente, quedó aprisionado por el engarre torturador de sus dientes agudos.

A un gesto de satisfacción del príncipe, el cepo fué nuevamente colocado, en disposición de prestar servicio, y la ronda prosiguió su marcha.

Estefanía, mientras tanto, despertada por los halagos y las caricias de dos canes que consiguían dentro del castillo su mayor encanto y diversión, complaciase en adular la Banu ammensa, cuyos confines ponían una barrera a su anhelo de libertad.

—¿Cuándo llegará el venturoso día—pensaba— en que yo pueda disfrutar a mi albedío de esos campos que sólo con la vista puedo recorrer?

Y, como siempre, el recuerdo de otros paisajes y de otra vida, obsesionaban su imaginación y fastigaban su ser con el rebelde desasosiego de un instinto nómada.

Los únicos momentos en que la princesa rom-

plá la amorosa clausura impuesta por el príncipe, eran los dedicados al servicio de Dios.

Y Dios dispuso que, en un instante de estos, se interpusiera en el camino de Estefanía el hombre misterioso que había de trastornar por completo su existencia.

III

Un domingo, día de feria, acampó en las inmediaciones del castillo, cierta tribu de bohemios, de los que descollaba un muchacho alto y fuerte, llamado Mario.

Este, empujado por la curiosidad, mezclóse entre la muchedumbre que, rodeando los tenderetes levantados en la plaza, ocupábase en el aovisionamiento de víveres y baratijas propias del lugar, contemplando con indiferencia las operaciones mercantiles que, como ocurre siempre, en el comercio, eran harto beneficiosas para el que expendía y sumamente perjudiciales para el que compraba.

—¡Fijarse bien, señores!—gritaban todos.

—¡Mejor que esto no lo hay! ¡Ni más barato tampoco!

—¡Lo doy a precio de coste!

—¡Y yo lo doy regalado!... Cerciorarse, señores, cerciorarse. Al que no se convenza se le devuelve el dinero.

Al reclame de tan ventajosas ofertas, el pá-

bliro, siempre inocente, dejaba, íntegro, su caudal en los bolsillos de los embaucadores cofrades de Mercurio.

Y se marchaba después a su casa, tan satisfecho, seguro, ¡infeliz!, de que había adquirido una ganga.

En su andar inconsciente y sin rumbo, Mario encontróse de pronto frente a las puertas del templo.

Iba a pasar de largo, cuando la aparición casual de una extraña comitiva le detuvo. Formaban ésta el príncipe de Lowle y Estefanía, seguidos del barón de Tobel y Wolfran, que, en su calidad de viejos y fieles servidores, les hacían la escolta.

La peregrina belleza de Estefanía, aunque rápidamente contemplada, produjo en Mario honda sensación.

Y, aguijonado por una nueva curiosidad, penetró en el sagrado recinto.

Pronto la atenta admiración del bohemio quedó presa en la red fulgurante de unos ojos. Eran los de Estefanía que, obediente a los preceptos religiosos, santificaba la fiesta de aquel día asistiendo a los santos oficios.

Pendiente de aquel mirar, apenas si Mario reparó en el sacerdote, de lengua y abundante habla que revestido y con el libro sagrado sujeto con sus manos a la altura de la cabeza, según los ritos del país, atravesaba por entre los creyentes en dirección del altar.

Hacia el final de la solemne ceremonia, la princesita se dispuso a realizar, según costumbre, la obligada cuestación, para sostenimiento del culto.

Mario, que en la pérdida de vista, comprendió entonces el deber ineludible en que se hallaba de contribuir con su oficio a tan piadosa recaudación.

Registróse los bolsillos del pantalón; los del chaleco, y la chaqueta. Pero en vano. ¡Ni



La mano que, una vez más, cobró la ronda con celo de iluminados, no ya miró (pág. 16)

una humilde moneda encontró en ellos! Nada de valor tenía ni llevaba.

¿Qué hacer en situación tan crítica?

¿Cómo salir airoso de tan apurado trance?

Una feliz ocurrencia vino seguidamente en su auxilio.

2-Ronda de noche.

Y cuando Estefanía, con la bandeja en la mano, llegó junto al bohemio, éste, algo repleto del azoramiento natural, vergonzosamente, depositó su ofrenda: la mejor con que pueden pagarse todas las ruidadas y todos los afectos sinceros: una flor.

Donación tan delicada e interesante produjo una emocionada impresión en el espíritu de Estefanía, cuyos ojos contrivadores se clavaron por un instante en los del pobre Mario con interrogadora insistencia.

Salieron los foligreses de la iglesia, Estefanía con ellos.

Fue Mario el último en desaparecer.

Y destimbrado aún por la luz de los ojos de Estefanía, a merced de una fuerza extraña, más poderosa que su voluntad, echó a andar, con paso vacilante, en pos de aquella mujer, que venía a sembrar de ilusión la ruta de su destino.

Pronto la vió desaparecer tras los pesados portones de un vetusto y suntuoso castillo, el de Cadvale, cuya magnificencia llenó al pobre bohemio de profunda amargura, por lo lejos que ponía de su alcance a aquella dama, cuyo real abolengo no le sorprendió. Por el contrario lo halló mezquino para sus merecimientos.

¡Princesa! ¡Princesa solamente!

Para él era más. ¡Mucho más!

Para él ocupaba el trono más poderoso del mundo, porque era la reina indestronable: la reina de sus amores.

IV

El mismo día en que acontecieron los sucesos anteriores, el trepidar, impaciente y ruidoso, de la moderna civilización, vino a turbar, anacrónico, la ancestral placidez del castillo de Cadvale, deteniéndose ante sus puertas, en demanda de albergue para el hijo de la duquesa de Windischgraetz, que llegaba a hacerles una visita, cómodamente instalado en un soberbio automóvil.

Salió Wolfan a recibirle.

—¿Quién es?—preguntó, mientras escudriñaba, receloso, por el entreujo ventanillo.

Por toda contestación, el duque le mostró una tarjeta, cuya lectura, cual influente tahmán, hizo rechinar, con disgusto, los cerrojos de la puerta, dejando ésta libre acceso a un joven que, por su cortés desenvoltura y elegante atavío, denotaba a la legua la aristocracia de su origen.

No era un Apolo, precisamente, pero en la vulgaridad simpática de sus facciones existía cierta singular atracción que predisponía a la conquista inmediata de nuestro afecto.

Saltando, rápido, del coche, traspasó los um-

brales del castillo, seguido de su criado que vióse en grave apuro, porque Wolfran, estimando interesaria su presencia, se opuso a dejarle pasar, cogiéndole, al entrar, contra la puerta. A punto estuvo de morir desahogado. Gracias a la oportuna intervención del duque que, percutido de lo que ocurría, exigió la libre entrada de su servidor, pudo éste entrar en el castillo y salir iluso del trauce.

Cuando el príncipe de Loche recibió la tarjeta anunciadora de un inesperado visitante, no pudo reprimir un gesto de contrariada sorpresa.

¿Su sobrino allí?

¿A qué vendría?

Hízole conducir a su presencia, cesando, para recibirle, en la lectura del «Hamlet» de Shakespeare, con la cual pretendía distraer a Estefanía. Esta, cautiva siempre de su paternal cariño, para disimular su aburrimiento, ocupábase, entre tanto, en confeccionar labores primorosos con que adornar más tarde sus galas femeninas.

—¡Hola, querido tío!—exclamó el duque dándole un abrazo de expansiva cordialidad.
¿No me conoces, verdad? ¡Claro! ¡Tanto tiempo sin vernos!

Presentóle el príncipe a Estefanía que le observaba con curiosidad explicable, puesto que la levita, los pantalones roños y el sombrero de copa constituían, a sus ojos, un indumento de lo más extraño, por su enorme diferencia con las vestiduras del país.

El sombrero, especialmente, atrajo desde un principio toda su atención.

Así ocurrió que, en tanto el duque departía animadamente, junto a la ventana, con el príncipe, Estefanía, impotente para resistir la fuerza misteriosa de su intrigado deseo, dejaba, con frecuencia, de coser, para, sin ser vista, acurrir, con delectación voluptuosa, el sedoso y brillante pelo que cubría la superficie de su alta cope.

En una de estas maniobras fué sorprendida por el duque, el cual, sin comprender la causa, vió a Estefanía abatir de pronto su cabeza y recluir sus miradas, vergonzosa, ocultando entre las manos la pálida bellaza de su rostro.

No se extrañó el duque por esto y juzgó sobradamente fundados los rumores que, referentes a la extraneidad y rareza de los moradores del castillo de Cadvala, le habían facilitado.

El frío recibimiento que obtuvo por parte del príncipe y de su hija, le decidieron a abreviar aquella poco grata entrevista, para volverse a la ciudad.

Ya en la puerta del castillo y cuando montado en su automóvil se disponía a partir, descubrió en el bolsillo de su levita una carta que, para entregar al príncipe, le había dado su madre.

Para sublevar, aunque tarde, este olvido, el duque, antes de marchar, dejó la misiva en poder de un criado, quien, neto seguido, transportóla a sus manos.

La importancia de lo que en ella se decía, preocupó al príncipe y llevó a Estefanía de regocijo.

La duquesa de Windischgratz exponía su

proyecto de unir en matrimonio a su hijo y a la princesita.

—¿Qué te parece, hija mía?—inquirió el príncipe.

Estefanía, silenciosa, bajó los ojos.

—¿Estás conforme?—añadió aquél—. Habla con sinceridad. No me ocultes la verdad de tus sentimientos.

—Yo—respondió ella sin vacilar—estoy conforme y acepto gustosa el enlace, si con él doy satisfacción a tus deseos.

—Si tu voluntad es esa y la cumples sin sacrificarte, complacido acepto, desde luego, tu obediente resolución; pero si te contraria en lo más mínimo y el realizarla te cuesta algún disgusto, dímelo claramente y sin rodeos, que yo no quiero torcer por nada ni por nadie, tu voluntad.

—No, padre mío, no pienso en semejante cosa. Ningún trabajo me cuesta obedeceros, tanto más cuanto que el primo I'trope, si he de seros franca, me ha interesado un poco.

—¿Te place su persona?

—No me ha disgustado.

Tales afirmaciones, carecían, no obstante, de sinceridad.

Estefanía no simuló al duque, ni sentía por él la más leve sospecha de cariño.

Sin embargo, aceptaba contenta el matrimonio propuesto.

¿Por qué?

Había para explicarlo una razón, fundamental y lógica.

La princesita enclaustrada, necesitaba un

poco de libertad para el goce mundano que pedía su alma juvenil y soñadora.

Más ¿cómo conseguirlo, no siendo así?



...lance que constituían, dentro del castillo, su mayor encanto y distracción. (pág. 15)

¿Cómo saborear los placeres inefables que la vida ofrece? ¿Y las venturas deliciosas que el amor brinda?

Sedienta de todo esto, Estefanía no dudó.

Había llegado para ella la hora, paradójicamente feliz, de conseguir con una esclavitud voluntaria la anhelada independencia.

Por eso, sólo por eso, no opuso Estefanía el menor reparo a la planeada boda con el duque, su primo Procope.

Para celebrar la próxima realización de estos espasmos, el príncipe de Lozle dio en su castillo una comida de honor, en la que, al servirse el faisán, el duque, para distracción de los conmensales invitados, relató la graciosa incidencia que le ocurrió en el campo, durante la caza de esta preciosa ave.

El relato de tan cruel hazaña que, con una muerte traicionera le privaba de su hermosa libertad a un punto ineludible, produjo en el corazón sensible de Estefanía, emoción tan honda que, instintivamente, movida a piedad por sentimental impulso, abandonó tenedor y cuchillo, renunciando a comer aquella carne, tan alevosamente conseguida.

Tal era de bondadosa el alma de la princesa.

Instantáneamente con la idea de abandonar el destierro en que se hallaba, consagróse con alma y vida a los preparativos necesarios, secundando, encantada, las órdenes del príncipe que, igualmente, dedicóse a las atenciones de tal menester.

Una de ellas fué acordar que Estefanía se trasladase a París, con objeto de pasar una temporada en el palacio de su prima, la duquesa de Windischgrätz, acompañada del mayor-domo.

¡Con qué explosivo gozo, con cuánto espe-

ranzado júbilo, consultó la princesita en una guía ferroviaria, y en unión de su prometido, las principales estaciones del itinerario!

¡Budapest! ¡La perla del Danubio! ¡Viena! ¡La sexta ciudad del mundo, por sus dos millones veinte mil habitantes! ¡París! ¡La «ville-lumière», famosa e imponderable!

¡Qué de evocaciones intuitivas le ofrecían estos nombres a su espíritu inquieto que, cual pajarillo enjaulado, codiciaba el momento dichoso de poder volar!

V

Durante el transcurso de los anteriores acontecimientos, una noche, mientras el príncipe de Lozle, inquebrantablemente fiel a la integridad de sus celos paternales, practicaba su ronda tradicional, a los oídos de Estefanía, llegaron las notas, suaves y cadentes, de un melancólico y bien afinado violín.

Al encanto seductor de su melodía dulce y sentimental, estremeciéndose el alma de Estefanía.

¿Quién sería el trovador desconocido que tan diestramente, con su canto, sabía despertar las más insospechadas emociones?

Arrastrada por el interés de un presentimiento, Estefanía corrió a la ventana del castillo para descubrir al músico poeta que ponía en sus líricas estrofas el corazón.

Era un manco gentil, de gallarda postura, cuyo rostro no pudo apreciar por impedirse las sombras de la noche.

Hallábase escuchándola, extasiada, cuando, de pronto, un grito de dolor rasgó el silencio nocturno, extinguendo la melodía en un acorde que más bien parecía dolorosa queja.

Preso de angustia indescriptible, Estefanía buceó desde la altura de su cámara, en el fondo peligroso del paisaje.

La figura del romántico novador ya no se divisaba. Una duda cruel asió la mente de la princesa.

—¿Le habrán secuestrado?... ¿Le habrán herido?... ¿Le habrán...? ¡Qué horror!—clamó Estefanía, temerosa de acatar en sus fatales augurios.

Y veloz como paloma que escapa del gavilán, corrió, arbolante, en su busca.

No fué solamente la princesa quien había oído la sonata nocturna del rondador misterioso. También el príncipe y sus acompañantes en la ronda, sintieron, igual que ella, las vibraciones, emotivas y apasionadas, del mágico instrumento.

Ahora que, en este caso, la impresión producida por ellas en el ánimo de los indignados oventes, fué completamente contraria.

Dispuestos a castigar la audacia del autor melido que así venía a turbar el sosiego y la tranquilidad legendaria de aquellos contornos, el príncipe y los individuos de la ronda, dirigieron, velozmente, hacia el lugar de donde la música partía.

A la mitad del camino, el agudo lamento escuchado por la princesa, les detuvo.

El príncipe sintió su corazón lacerado por una trágica sospecha.

Y furioso, como nunca, corrió, corrió desatentado.

Wolfran y el de Tobel, que le seguían, divisaron, a lo lejos, el cuerpo de cierta persona que, en el suelo, debatíase de dolor, presa la pierna derecha en uno de los ramos.

—¡Es un hombre!—gritó Wolfran.

— ¡Un bohemio! — añadió el de Tobel.

— ¡A fin, cayó! Es la almaña que hace tiempo buscaba! ¡La que pretendía hacerme otra vez desdichado! — rugió el príncipe.

Y dominado por la desesperación, así que estuvo cerca del herido, que yacía en tierra, sin conocimiento, echóse la escopeta a la vista, y, a tiempo de disparar, una mano breve y nívea, oprimiendo, vigorosamente, el cañón del arma, desvió el tiro, con salvadora oportunidad.

Era Estefanía, quien, apareciendo providencialmente, evitó que la consumación del asesinato se realizase, pronunciando, sentenciosa, estas palabras:

— ¡No, eso no! Matar a traición no es de nobles, auxiliarlo sí es de príncipes.

Como respondiendo a una fuerza superior, el aristócrata abandonó su actitud violenta y ordenó la ayuda para el prisionero.

Estefanía, con el alma embargada por la piedad, arrodillóse para prestarle auxilio.

Y al levantar la cabeza del herido entre sus manos, no pudo reprimir un gesto de viva sorpresa.

— ¡Aquella cara!... ¡Aquellos ojos!... ¿Dónde los habías visto?

— ¡Ah! Sí... No cabe duda... ¡Es él! — murmuró, emocionada, reconociendo en el doliente mezo al que un día, en la iglesia, fué romántico donante de una flor.

Obediente a su instinto generoso, Estefanía después de ararciar, compadecida, la rizada cabellera de Mario (pues no otro era la víctima del cepo), suplicó le condujeran al castillo cuanto antes, para atender a su curación.

Y el príncipe ratificó la orden, que fué cumplida por Tobel y Wolfram, quienes lo trasladaron a uno de los dormitorios que había libres en la suntuosa morada.



La atenta admisión del bohemio, cuando preso en la red faugetista de unos ojos trágicos.

Atrás quedaron el príncipe y Estefanía. Ella, con visible afección, recogió el violín del trovador bohemio, contemplando, arrobada,

aquellas cuerdas que poco antes palpitaron en sensación amorosa, como fibras de un corazón.

—¿Qué vas a hacer con eso?—indagó el príncipe.

—Nada. Guardarlo para que, al sonar, se lo lleve.

—¿Y tú qué sabes si él tiene interés en conservarlo?

—¿Como no? Ma figaro que este instrumento es el mejor intérprete de su alma enamorada.

—¿Enamorada dijiste? ¡Tíralo! ¡Tíralo inmediatamente!—ordenó el príncipe, hostigado, otra vez, por la misma sospecha.

—¡No, padre mío! Pensad que privarle de este compañero sería darle un daño, para luego, causarle otro mayor.

—Buena, buena! ¡Allá lo que quieras!—tembló el príncipe, transigiendo, no de muy buen grado, con los deseos de su hija.

Y echando a andar, seguido de Estefanía, pronto les dio alcance a los conductores de Mario, el cual en mullido lecho, quedó, poco después, al cuidado de solícitos servidores.

Al abandonar la estancia del paciente, el príncipe sintió en su cuello la cálida caricia de un abrazo con el que Estefanía trataba de conquistar, como siempre, la voluntad paterna.

—Padre mío—rogó—Ten piedad del pobre bohemio. No le ocasionas mal ninguno. Trátale bien y procura hacerle feliz para que, cuando ya curado, se acuerde de nosotros, nos bendiga.

El príncipe, por toda respuesta, besó, conmovido, la frente de Estefanía.

Y así se despidieron hasta el día siguiente.

VI

Media hora llevaba la princesa en su dormitorio, pretendiendo hallar la explicación de aquellas ignoradas emociones que conmovían su espíritu, hasta el punto de impedirle descansar, cuando los pasos, tanto conocidos, de la ronda organizada por el príncipe, cada vez más cercanos, obligáronla a apagar la luz, metiéndose en el lecho, vestida y todo, para no infundir sospechas en el ánimo receloso de su buen padre.

Así que ésta abrió, cual de costumbre, la puerta del cuarto, y la vió acostada:

—¡Duermel! Reposemos tranquilos—exclamó, encarándose con Wolfram y Tobel, como hacía siempre.

Y como siempre también, alejose lentamente de la habitación de Estefanía, para, después, dormido, soñar con ella.

La princesita, en cambio, no estaba para sueños aquella noche.

Una inquietud punzante la martirizaba. Y un deseo, más punzante todavía, arañábase hacia el lado del bohemio trovador.

¿Cómo estaría?

¿Habría recobrado el conocimiento?

Para averiguarlo, dando, así, paz a sus net-

vios saltarines, Estefanía decidióse a poner en práctica el plan que su corazón y su conciencia le dictaban.

Dejó para ello la cama, y, con decisión catálina, se fué a la vera del herido.

Ansioso le encargada de velarle, por indicación de Estefanía, ésta, luchando con el sueño a brazo partido, acomodóse en una silla, junto a los pies de Mario, y mirándole, primeramente, con amoroso interés, acabó, al poco tiempo, por dormirse, apoyando la cabeza en el respaldo.

Atendido el paciente por tan solícitas manos, la convalecencia fué rápida.

Bastaron muy pocos días para que Mario abandonase el lecho del dolor.

Con la pierna lesionada vendada por completo hasta la mitad de la rodilla y utilizando el bastón para poder andar, además de los brazos de la generosa princesita, que le sostenían amorosos, el herido vió, con profundo sentimiento, como Estefanía disponía y organizaba los preparativos necesarios para la celebración inmediata de su boda con el duque Procope.

Ocultando la tragedia de su amarga desilusión y de su derrumbada esperanza, Mario resignóse a los designios de la suerte, acallando, con hipócrita conformidad, las protestas miradas de su pecho contra aquel matrimonio que para él significaba la renuncia al cariño más grande de su existencia.

Domador perfecto de sus emociones, cuando hallábase al lado de Estefanía, simulaba una tranquilidad indiferente que estaba muy lejos de sentir.

Y la hablaba, con cálido y vehemente acento, de su vida, tan opuesta, tan distinta.

—Vas a asomarte a un mundo —la decía— y a gozar de una libertad que son ficticios. Mucho lujo, muchas comodidades, mucha vanidad, pero, en el fondo, esclavos de la exigencia y el miramiento social que les cohibe y les priva de expansiones mucho más sinceras y legítimas. Nosotros, con el mundo por patria y por hogar el camino, sufriendo todos los climas, y saliendo de todas las gentes y de todas las tierras, somos más felices porque somos más independientes. No hay tesoro en el mundo más preciado que la libertad.

El vehemente entusiasmo con que el bohemio pronunciaba estas frases, despertaba en Estefanía deseos impetuosos de renunciar a sus ricas galas, por conseguir el logro inmediato de su anhelada liberación.

Pero esto, ¡ay!, era imposible. Su compromiso de casamiento, por un lado, y su gratitud al príncipe, por otro, oponíase a ello.

¿Hubiera resistido la vida del padre amoroso este horrible golpe?

Desde luego que no.

El fantasma de la conciencia, vengador justiciero de los malhechores, persiguiéndola a todas horas y en todas partes, arasarla, poco a poco, en este caso, por extinguir de una manera cruel e inquisitorial, la sobresaliente existencia de la ingrata princesita.

—¡Causar la muerte de mi adorado padre! ¡Qué horror!—exclamaba Estefanía.

La inflexión optimista de su juventud, suficiente de nuevas emociones, esfumó velozmen-

te los pensamientos trágicos, y la risa, provocada por temas menos lúgubres, volvió a lucir con estrépito en el coral sangrante de sus labios jocundos.

La charla, en un punto de interés culminante, interrumpióse con la aparición repentina de un servidor que anunció a Estefanía, con la seriedad propia del cargo, la llegada al castillo del duque Procope, su futuro.

Estefanía, transportada en aquel instante a la región de sus dorados ensueños, acogió la noticia con un mohín de visible disgusto.

No tuvo, sin embargo, más remedio que abandonar al convaleciente Mario, para acudir, presurosa, junto al hombre que la aderte le deparaba para marido.

Antes de ausentarse, Estefanía, siempre afable y servicial, no sólo mitigó, con sus frases consoladoras, la amargura dolorida del infeliz bohemio, sino que también, como divino ángel de caridad, le quitó el vendaje de la pierna herida para ponérselo mejor y más seguro, con objeto de que no le molestase tanto.

Al rematar la operación, cuando la princesa, de rodillas, disponíase a efectuar el preciso atamiento de la venda, Mario, sugestionado por la blancura del cutis, clavó, acariciadora, su mirada en el cuello de Estefanía.

De sus labios escapóse una exclamación de sorpresa: ¿Qué había visto?

Algo sensacional y emocionante. Lo que él nunca hubiera podido sospechar.

¡Una señal! La misma señal linconfundible que ostentaban, como distintivo de herencia, todos cuantos pertenecían a su tribu!



cuando la princesa en una gata venenosa y en medio de su promedida, por estocados y heridas del duque, pág. 35

VII

— ¡Ella!... ¿Será ella? — preguntábase Mario, deseando de conocer la verdad.
 ¡Vano empeño!

La princesita, tras dedicarle, con zalamería coquetona, unas cuantas miradas de muy significativa insistencia, desapareció rápidamente, dejando al pobre bohemo sumido en un revuelto mar de confusiones.

Llamóla a gritos. Mas ella no le oyó.

Quiso entonces alcanzarla. Trabajosamente, muy trabajosamente, por culpa de la pierna herida, intentó levantarse del asiento para correr en su busca...

Pero la pierna impedida resistió; tenaz, a la marcha ligera.

Apoyándose en las paredes, para no caer, el bohemo llegó hasta la escalera del castillo, por donde Estefanía escapara poco antes.

Con fatiga y dificultad, logró descender varios escalones; pero la impaciencia sobrepudiéndose a la precaución, obligóle a acelerar el paso... Y no pudiendo sostenerse con la debida seguridad, Mario vino al suelo, pesada-

mente, dando lugar a que su cuerpo, torpe y sin defensa ninguna, rodara hasta el final de la escalera.

Aunque fueron importantes los efectos lastimeros de la caída, Mario apenas los sintió.

Tal era la ansiedad que dominaba su espíritu por descifrar el insignificante origen de la princesa. Por esta causa, cuando Wolfram y el de Tobel, advertidos de lo que ocurría, trataron de impedir al bohemo que saliera del castillo de Loze, Mario, con gallarda entereza, y haciendo caso omiso de su salud quebrantada, se impuso a los deseos de todos, y firme y decidido salió al campo, con intención de poner en práctica el plan que se le acababa de ocurrir.

Avanzando lentamente por culpa de la extremidad dolorida, pudo Mario recorrer una gran parte del camino.

El cansancio y la fatiga concluyeron por rendirle, hasta el punto de que, ya sin poder levantarse de la tierra, arrastrándose, cual un olvido, llegó a las inmediaciones del terreno en que sus hermanos de raza se hallaban acuartelados.

Al ver su aspecto lastimoso, los gitanos corrieron en su ayuda.

— ¿Qué tienes?

— ¿Te han agredido?

— ¿Quién fué el mala sangre que se atrevió?

— ¡Dínoslo, por tu salud! — le suplicaban, interrogantes, sus compañeros de aduar.

Mario, haciendo un gran esfuerzo, pudo hablar.

— ¡Oídme! — les dijo—. Estuve en el castillo

de Cadvala. La princesa lleva en el cuello la marca de nuestra familia. ¡Hay que avisar a nuestros hermanos de París para que averigüen lo que puedan sobre el particular!

Ante semejante declaración, cundió el asombro en la tribu, siendo la orden de Mario velozmente cumplimentada por el jefe, viejo bohemio de abundante cabellera gris, que, sin soltar de los labios su amada pipa, cogió un trozo de pergamino, y con rasgos temblorosos, escribió en él lo que de Mario poco antes escuchara.

Y el mensaje, preventivo y ordenador, en manos de un emisario inteligente, llegó en seguida a su destino.

Informados del caso misterioso las tribus que pululaban por los alrededores de París, pusieron inmediatamente en movimiento, jurando no cesar en sus pesquisas mientras no despejaban del todo la incógnita intrigante de la princesa.

VIII

Ignorando la persecución de que era objeto, Estefanía, acompañada de su futuro, el duque de Windischgruetz, salióse del castillo de Cadvala en un magnífico automóvil, ensanchando sus pulmones con delicias, al respirar, por primera vez, los aires puros del valle, tan miedo a la reprensión intrasigente del príncipe, cada día más celoso en su custodia.

La copiosa variedad de panoramas que, con cinematográfica rapidez, ofrecíase a los ojos maravillosos de la princesa, distrayéndola por completo de su preocupación, sembraron en su alma el optimismo de un porvenir risueño y confortador.

—¿Eres dichosa, Estefanía?—preguntábale su prometido, ajeno, en su amoroso éxtasis, a la grandiosidad imponente del espectáculo que desde el coche se divisaba.

—Lo soy.

—¿Mucho, mucho?

—Mucho.

Bastábale al duque esta declaración para considerarse dichoso y dueño absoluto del cariño de la princesa.

Después, con cautela harto prudente, imponía a sus labios el silencio, dejando que sus

pupilas, emboladas y contempladoras, expresasen sus restantes pensamientos.

Y así, mirándola sin hablar, arribaron, por fin, a «Ville-lumières».

Al salir de la estación parisienne, más de un transeunte quedose admirando la elegancia intuitiva de la princesa.

Nada, en realidad, podía ésta envidiar a las hijas del país de la moda.

Su largo y entallado abrigo, festoneado de piel, su gorra del mismo género, y su encorcinada bota, que le cubría la pierna hasta el borde mismo de la falda, aún evocando el ropaje de su país, ponía en los bordeveres la nota exótica de buen tono.

El recibimiento que la duquesa de Windischgrätz dispensó a Estefanía, no pudo ser más cordial, ni más entusiasta.

Acogida tan afectuosa, le probó a la princesa que se hallaba ante una madre política verdaderamente excepcional.

La vida en París ofréciásele, por lo tanto, a Estefanía, plena de diversiones y placeres.

Cualquier motivo era utilizado por la duquesa como pretexto para la organización inmensa de una fiesta deslumbradora en su palacio, cuyos salones espaciosos convertíase en templos de lujoso y moderno paganismo, decorándose entre espumas de champagne y orquestas ruidosas de negros americanos, sumas fabulosas que, empleadas en fines benéficos, hubieran iluminado, con rayos de pradosa felicidad, muchos cientos de hogares humildes.

Pero el mundo es esclavo de la fortuna y ésta, en su fiel alianza con la injusticia, sigue



La duquesa de Windischgrätz y la princesa Estefanía en un momento de la fiesta de la duquesa de Windischgrätz (pág. 40)

imperando en él, mostrándonos, con frecuente ostentación, la inhumana tiranía de sus caprichos crueles.

Tales reflexiones, un tanto extrañas en su condición de mujer aristocrática, solía hacerlas Estefanía, emocionada profundamente, ante aquellos alardes de riqueza y poderío.

Los halagos a su temeraria vanidad ¡tan humana! compensábanlo de tan desconsoladores pensamientos.

Cuando en el primero de estos festivales, la princesa fué presentada a los invitados (lo más selecto y acudido de la ciudad), su belleza peregrina, del más puro helénismo, triunfó sin oposición ninguna, sobre todo por parte del sexo masculino.

El femenino, más exigente y envidioso, le señaló varios defectos, entre ellos, el más impardonable para las mujeres: el de la edad.

Sólo fué preciso que una dama indiscreta (la indiscreción en las damas es muy corriente), apuntase, suspicaz:

—Me parece que va tiene «sus» años—para que todas, animadas por el mismo despecho, afirmasen convencidas:

—¡Va lo creo que sí! No hay más que verla la cara. Tiene señaladísima la «pata de gallo».

La mirada enérgica de Estefanía, al darse cuenta de tales murmuraciones, basó para imponer respeto entre algunas maledicentes que, despectivas, sonrieron a su paso.

El duque, su futuro y primo, atento sólo al culto de su amor naciente, huyendo de los excéntricos bailes al uso, tampoco muy agradables para Estefanía que, educada un poco más

ticamente en la soledad de su paternal castiverio, no gustaba de la danza del oso, el «paso del camello» y demás distracciones irracionales, prefería el retiro poético del jardín en sombras, para, sin testigos oculares, practicar, en compañía de la princesa, la conjugación deliciosa del verbo ideal y supremo.

En una de estas noches que Procope y Estefanía hallábanse entregados al idilio, por entre las verjas circundantes, apareció el rostro moreno y agitado de un mozo que, con precauciones investigadoras, rondaba los alrededores del palacio.

A su vista, la princesa estremeciéndose con justificado temor.

La mirada de aquel hombre, interrogativa y penetrante, no era, en verdad, muy tranquilizadora.

Ocultó, a pesar de esto, sus temores, los cuales no pasaron inadvertidos para el duque, quien por el gesto involuntario que ensombreció súbitamente la cara de Estefanía, adivinó que la presencia de algo anormal la preocupaba.

Guiado por la orientación de sus pupilas, invariablemente fijas en el lugar por donde la aparición se había verificado, el duque dirigióse a la puerta enrejada del jardín, abriéndola, curioso, sin hallar al intruso, que desapareció rápidamente.

—¿Quién sería aquel hombre? ¿Por qué me miraría de ese modo? ¿Qué buscaría en las «mediaciones del palacio»?—se preguntaba, sin cesar, Estefanía.

Cuando al día siguiente, en compañía de su futuro, dedicóse Estefanía a la compra de los

obsequios de rigor, hallóse de nuevo con su conchador misterioso, que, solícito y enigmático, apresuróse a abrirle y cerrarle la portezuela del coche que, a la puerta de la joyería, les esperaba.

—¡Otra vez este hombre!—murmuró con sobresalto, la princesa. —¿Qué querrá de mí?

Y repitiendo para sí esta interrogación, a la que no podía encontrar respuesta, retiróse aquella noche a su dormitorio, donde la inquietud y la zambra no la dejaron, desde entonces, descansar.

IX

En una de las varias recepciones que los amigos de la duquesa celebraron en París, para honor y agasajo de Estefanía, el paso casual de una charada de bohemios por la carretera próxima, despertó en uno de los organizadores la idea de improvisar, para mayor y más original divertimento de los concurrentes, una zambra gitana que fué acogida, desde luego, con general satisfacción.

Entre los nómadas intérpretes de la zambra, la princesa divisó en seguida los rasgos típicos de aquel hombre que la perseguía con desconcertante obsesión.

La fatalidad de un trágico presentimiento, engañóse, martirizante, en su carne trémula.

En vano próbó a distraerse con la típica danza de una joven y linda bohemia, cuyo cuerpo flexible, ondulaba, sugestivo, sus esbeltas, al compás de dolientes melodías.

La influencia que éstas ejercían en el espíritu de la princesa, la obligaban, insensiblemente, a imitar los pasos rítmicos de la gitana danzarina, con ostensible detrimento de los pies del duque, frecuentemente pisotados por Estefanía en sus impulsos coreográficos.

Durante el intermedio, acrecióse con sigilo

a la princesa un de aquellas gitanas, vertiendo en su oído palabras desconocidas de persuasión tan irresistible, que Estefanía, aquella misma noche, cuando todo reposaba en silencio, abandonó la comodidad sábarita de su confortable dormitorio, para huir en pos de un «suteo», en cuya ventanilla, la señal de un pañuelo blanco, agitándose en el viento, la llamaba.

Minutos después, el resplandor vacilante de una hoguera, indicó a los fugitivos el final de su ruta.

Y Estefanía encontróse, de pronto, en el rancho de los bohemios.

Medrosa ante la entonación sombría de aquel cuadro miserable, la princesa:

—¿Qué es lo que de mí descás?—interrogó.

—¿Nosotros?—la contestó un viejo gitano, de Nevada melena—. Confirmar la exactitud de una denuncia.

—¿Una denuncia? ¿Cuál?

—Se nos dice, por un hermano que se encuentra en territorio transilvánico, que tu origen, princesita de Cadix, pertenece a esta tribu.

—¿Mi origen? ¿Por qué?

—Ponte primero nuestras vestiduras y luego lo sabrás.

Seguida de una gitana, penetró Estefanía en el curromato que servía de vivienda, apareciéndose, a poco, con el indumento de la raza faragónica.

—Ya estoy — exclamó — ¿Qué queréis ahora?

—Comprobar si, efectivamente, lucas en el



cuallo la señal que distingue a los miembros de nuestra familia.

—¿Yo?

—Tú, sí.

—Eso no puede ser.

—Vamos a verlo.

Dicho esto, el patriarca de la tribu, mandó acercarse a una gitana de las que alrededor había y haciéndola arrodillarse ante él, alzóle en cabeza, obligándola a separar los cabellos de enredos que cubrían su nuca, apareciendo entonces, a los ojos de Estefanía, una cicatriz triangular, de no pequeñas dimensiones.

—¿La ves?

—Sí.

—Pues una igual debes tener tú.

—No—resistióse Estefanía.

—Pruébalo.

—Mirad—obedeció entonces la princesa, mostrando a todos la blancura de su cuello a la bastina.

—¡Hea aquí!—declaró el gitano viejo, indicando a los presentes la señal en forma de triángulo que aparecía bajo su nuca.

Comprobada la veracidad de sus afirmaciones, el jefe de la tribu prosiguió:

—Dinos ahora, hermana, si prefieres seguir en Calvata, siendo princesa, o te gusta ser reina a nuestro lado.

La princesa vió entonces con claridad definitiva, el verdadero origen de su existencia.

Y a los impulsos naturales del instinto:

—Prefiero ser vuestra reina—dijo—Pero antes de adme partir. Debo aclarar ciertos asuntos y despedirme del noble corazón que

tan bien supo desempeñar junto a mí el papel de padre amante y generoso. Mi desaparición repentina podría ocasionarle la muerte, y su vida es para mí antes que todo en el mundo.

Obedecida la solicitada autorización, Estefanía, sin quitarse la ropa que por razones de sangre le correspondía, cubrió su cuerpo con la capa de seda que antes lucía, y en un auto regresó velozmente a su residencia.

X

Va de regreso en París, Estefanía llamó a su mayordomo y con ansiosa curiosidad, interrogóle sobre la verdad de su historia.

—Díme todo sinceramente y sin ocultaciones. No te calles nada, por duro e ingrato que ello sea. Quiero saber quien fué mi padre.

—Su padre...

—¿No lo era el príncipe?

—No.

—¿Quién, entonces?

Tobél, apremiado por las preguntas incesantes de la princesa, hubo de confesar, con toda minuciosidad, como ocurrió la desaparición de la princesita auténtica y como ella vino a ocupar, subrepticamente, su puesto, por el temor de que el príncipe sucumbiera a su dolor. Y concluyó rogándole a Estefanía:

—Para que viviese os llevé a su lado; para que no muera sabed callar.

Pensativa quedóse al oír la historia, pero no tuvo valor para protestar.

—¿Para qué?

La rebeldía ante los hechos consumados resulta inútil e improcedente.

Comprendiéndolo así, limitóse Estefanía a esperar con paciencia el desarrollo de los acontecimientos.

Y éstas fueron que Mario, restablecido ya de su dolencia, paseando por los contornos del castillo de Cadvala, tropezó con dos toscas cruces de madera, en una de las cuales apare-

cía grabado el siguiente nombre: «Estefanía».

Deseando averiguar la certeza de sus presentimientos, como una exhalación, montó en su caballo y encaminóse hacia la posesión del príncipe de Lozle. Y cogiendo a Wolfram por su cuenta, le condujo al lugar donde las cruces estaban, haciéndole, allí, referir lo ocurrido.

—Oiga usted y verá como pasó.

—Hable, que soy todo oídos.

Ello aconteció durante uno de los muchos días en que el castillo se hallaba de fiesta. Los príncipes, por complimentar a los invitados que llegaban, dejaron a la pequeña princesa en brazos de la nodriza. Esta, siguiendo su costumbre habitual, marchó con la nena a dar un paseo por la montaña. Al pasar junto al borde de un precipicio, resbaló y perdiendo pie, cayó por el mantilado, pereciendo ambas en este sitio, en el que ahora se alzan las cruces que conmemoran la desgracia.

—¿Quiere decirse que Estefanía...?

—Es una muchacha que nosotros recogimos en el campo y la hicimos pasar por la princesa, para que el príncipe no sucumbiese.

Como nube tormentosa que se resga para dejar libre acceso a la luz del sol, la revelación precedente llenó de regocijo y esperanza el alma de Mario, quien, vencido por la lógica impaciencia de sus afanes, corrió en dirección del castillo de Cadvala, logrando entrar en él, violentamente y en tenida lucha con cuantos servidores se opusieron a su paso, para entrevistarse con Estefanía y cerciorarse de que su sueño dorado era, en efecto, realidad.

Al ruido de la pelea que con Mario sostenía

la servidumbre, la princesa acudió sobresaltada; y reconociendo prontamente al perseguido, ordenó, imperiosa:

—Dejadle.

El mandato se cumplió al punto y el bohemio, invitado por Estefanía, siguió a ésta por los pasadizos del castillo, hasta penetrar en la habitación donde, después que ella corrió, preventivamente, el cerrojo de la puerta de entrada, quedaron solos.

Al hallarse frente a frente, Mario y Estefanía, nada se dijeron.

Los ojos, como intérpretes más fieles del corazón, fueron los que hablaron.

Y todo se lo dijeron en una mirada larga, muy larga e intensa, muy intensa.

Estefanía, para responder a la interrogación que las pupilas de Mario formulaban, tras un gesto de amplia felicidad, ocultóse en la habitación inmediata, apareciendo, al cabo de un rato, con las bohemias vestiduras que en el rancho la habían proporcionado, la noche del inolvidable descubrimiento.

Con los brazos puestas en alto y las manos trenzadas por la muñeca, en actitud de majestuosidad sublime, permaneció un momento estática, avanzando después, en mudo ritmo, para convertirse, con gran asombro de Mario, en magistral y voluptuosa intérprete de la danza que en París, a una bohemio, viese cierto día bailar. Fue aquella prueba más elocuente que todas las palabras del diccionario, y Mario, convencido ya de que la poderosa princesita no era más que una pobre gitana, como él, acercóse a ella, emocionado, con los brazos



Y Estefanía encontróse de pronto en el rancho de los bohemios (pág. 49)

abiertos, estrechando, con frenesí, el cuerpo de Estefanía, la cual, ofrendóle, sumisa, en el cáliz purpúreo de sus labios, el tesoro de su sangre hermana.

Tardó no poco en deslucirse el enlace amoroso de aquellos brazos.

—¡Mario!—exclamó ella, mirándose en sus ojos, orgullosa.

—¡Estefanía!—pronunció él tratando de borrar aquellas miradas.

Y prosiguieron dialogando de esta manera:

—¿Con qué eres de los míos?

—Sí, Mario.

—Me lo decía el corazón y el corazón no engaña nunca.

—Cierto. También el mío desde que en la iglesia me diste aquella flor, no cesaba de indicarme que debía llegar este momento.

—¿Y no estás arrepentida y descontenta de tu suerte?

—Al contrario.

—¿Eres dichosa, Estefanía?

—Mucho.

¡La misma pregunta que su prometido el duque de Windischgrätz le hizo!

¡Igual contestación!

Y sin embargo, ¡qué diferencia de entonces a ahora!

A Estefanía, en la presente ocasión, la palabra amuchon le brotaba del alma.

En la otra salió sólo de los labios.

—¿Huirás conmigo al reacheo?

—Huiré.

—¿Serás siempre la reina entre nosotros?

—¡Hasta el fin de mi vida!

—¡Bendígate Dios, alimento de mi esperanza!

Sacó Mario del cinto una escala de cuerda, y se disponían ya a saltar por la ventana del castillo, cuando la súbita aparición del príncipe, vino a cortar esta escena idílica que hubiera acabado en trágica, de no intervenir, pacificadora, Estefanía, aconsejándole al bohemio que se ausentase y la aguardara, pues ella no tardaría en reunirse con él.

—¿Te vas?—preguntó el príncipe, contrito.

—Sí. Nos la llevamos—respondió Mario, interrumpiéndole con retadora energía—. Tenemos más derecho a ella que usted.

Calló el príncipe.

Mario, obediente al mandato de Estefanía, desapareció deslizándose por la escala.

Cuando se hallaron solos el príncipe y Estefanía, ésta abrumada por el secreto de su vida, quedóse cabizbaja, pensando que aquel era el momento crítico en que la verdad se imponía, cruelmente.

La emoción que anulaba sus sentidos, impidióle hablar durante un largo espacio de tiempo.

¿Cómo destruir en un instante y con dos palabras la felicidad y la dicha de aquel hombre que, respondiendo a su nobleza, con tanto amor y celo supo velar por ella tantos años?

¿Cómo arrancar de un zarpazo cruel la ven-

da que ocultaba a sus ojos la piadosa mentira en que la única alegría de su existencia se basaba?

¿Cómo confesarle la triste verdad sin destrozarle el corazón?

Tales reflexiones eran la causa del mutismo en que Estefanía se encerraba, sin que su boca exhalase otra cosa que no fueran suspiros de honda pesadumbre.

Habló el príncipe.

—¿Qué te ocurre, princesita?—preguntó.

—Nada... padre—contestó Estefanía, procurando con acento cariñoso, no descubrir el ruido y fiero combate que en el interior de su alma libraban los más contrarios sentimientos.

Cobarde para llevar a cabo cuanto a Mario ofreciera su voluntad, Estefanía concluyó por cobijarse llorando en los brazos del anciano príncipe, cuyo ocaso iba a dejar sin luz muy pronto.

—No te apures—la serenó él, prodigándole caricias paternales.

V con voz que parecía abogada por contenido llanto, añadió:

—Tranquilízate... Hace mucho tiempo que no soy el pobre enfermo que todos creen... Sépe a su hora la verdad; pero va era tarde... Te quería como a mi hija verdadera y te guardaba con el mismo celo que si lo fueras... Vete... Vete con ellos, con los tuyos, si esa es tu dicha; que es muy cara mi felicidad si cuesta tu desventura.

El efecto que tales palabras produjeron en el ánimo abatido de Estefanía, no es para descrito.

Rendida por la generosidad abnegada de aquel hombre sin pareja, sintió que la luz se aumentaba de sus ojos, que comenzaba a filtrarse el conocimiento y cayó, cayó desplomada en los brazos amorosos del príncipe que, cunquizado de terror ante la posibilidad de una desgracia, la depositó en el lecho con paternal solicitud, y allí aguardó a que el mal pasajero, por fortuna, se aliviase, merced a los auxilios reclamados de la ciencia médica.

Va respuesta, el príncipe, temeroso de perder para siempre la compañía de aquel cariño que tanto necesitaba, no se atrevió a suscitar con Estefanía la tenida conversación, referente a su marcha definitiva del castillo.

Hablaban sí de la salud reconquistada, del tiempo hermoso que hacía más bellos los paisajes y de mil asuntos, en fin, sin trascendencia verdaderamente importante.

V en todas sus charlas, el tema fundamental quedaba sin tocar siempre, aunque ninguno de ellos podía, jamás, desprenderlo de su imaginación.

Así las cosas, una noche durante el transcurso de la cena, cena triste y silenciosa, como todas las que por entonces efectuaban en el sombrío y austero comedor, cuya mesa, por sus largas dimensiones, separaba grandemente a uno de otro, a través de las ventanas, llegaron hasta sus oídos las vibraciones sentimentales del violín bohemio, que, con su canto de libertad, venía a recordar a Estefanía la promesa y el juramento que, solemnemente, les hiciera en no lejano día a sus verdaderos hermanos de sangre y de raza.

El silencio reinante, se hizo, en aquel momento, angustiada evocación.

Ambos recordaron perfectamente el abismo en que perdióse la vida de la auténtica y legítima princesa, tan profundo como el que ahora se abría entre ellos, por disposición inexorable del destino; y sus corazones, al unísono, palpitaban con idéntica emoción.

—Estefanía—balbució el príncipe—, es la hora de tu ventura: los que tienen derecho a ti, te esperan.

Al decir esto, brillaron en sus ojos unas lágrimas que, deslizándose lentamente por las mejillas, siguieron hasta posarse en el pecho, formando así un collar de los más valiosos y preciados en la vida: el del sacrificio y la abnegación.

Estefanía, suavemente empujada por el príncipe, entró por vez postrera en sus habitaciones y después de arreglarse convenientemente para emprender la partida, fué por el acompañada hasta las puertas del castillo, las cuales abrió de par en par, señalándole, calladamente, la senda que el destino le marcaba.

La luna, cuya palidez mortal emulaba la del rostro de Estefanía, iluminó, melancólica, la triste escena del último adiós.

—Padre mío—sollozó ella—, abrázame—, ¿me permite usted que le llame así?

—¿Por qué no—respondióla él—si tú para mí serás siempre lo mismo: una hija que, como todas, al fin, de nuestra existencia pagan con el abandono y la ingratitud, el inmenso sacrificio que se les tuvo?

Ganada por la generosidad del noble viejo,



tentada estuvo Estefanía de renunciar definitivamente a su libertad deseada, por no dejarlo solo con su desdicha.

Pero sus pupalas fijáronse, casualmente, en las grandes llaves que, pendientes de su mano, recordaban la torturante rigidez del cautiverio, y el alma juvenil de Estefanía, anhelante de una hermosa independencia, sintiéndose, al fin, vencida por sus deseos de emancipación, y gozosa, echó a correr por la llanita en pos del amor que, como meta ideal, la aguardaba a la terminación de su camino.

El príncipe, para no dejar entrever a sus fieles servidores que tanta abnegación había sido vana, sobreponiéndose al dolor, siguió haciendo todas las noches su ronda de autómatas dormiente.

Una grata sorpresa le aguardaba.

Y fué que, al abrir la puerta del cuarto donde aquella noche ya no reposaba Estefanía, hallóse con ésta que, valiéndose de la escala de Mario, había trepado hasta la ventana, por la que entró para darle, callada y secretamente, su adiós definitivo.

Al nacer el día siguiente, el alba sorprendió la nueva vida de la que pudo ser princesa y renunció a ello por lanzarse a los libres caminos del mundo.

La ventura cabalgaba hacia el horizonte sin término.

La voz de la sangre triunfaba una vez más

FIN

**Colección y
exija usted**

todos los martes.

**Biblioteca
FILMS**

Los más sensa-
cionales estrenos
de la temporada
han sido publi-
cados por el

**Título de la
Supremacia**



Pronto -- Pronto -- Pronto

La novela más emocionante y sentimental, cuyo asunto
ha conmovido a toda una generación.

31 ENERO

No olvide esta fecha

SOLICITAMOS CORRESPONSALES